**Toda cultura necesita textos sociales en los cuales leerse. Sobre la base de esta afirmación, este texto reflexiona en torno a la memoria oral que puede constituirse en texto social, a la posibilidad de aproximarse a los hechos desde el testimonio de quienes los vivieron. Sugiere, pues, el registro de dichos testimonios para poner lo atesorado en ellos al alcance de otros. Como anexo, incluye otro documento en torno al texto social, el cual enfatiza lo dicho y sintetiza aspectos generales sobre los caminos para concretar el registro.**

# LA MEMORIA ORAL Y LOS TEXTOS SOCIALES

Partimos de dos comprobaciones:

- → El continuo despilfarro de experiencias y de riqueza cultural reunidas a lo largo de la vida y de la historia de una persona.
- → La ausencia de registros útiles para constituir textos sociales.

## La memoria

Una comprobación remite a la otra. Comencemos por la primera. Tomemos el caso de un maestro rural que ha dedicado más de 30 años a su tarea. Llega el momento de su jubilación. El sistema escolar lo despide con un sueldo bajísimo y el educador se lleva consigo un tesoro infinito de experiencias y de conocimientos.

El ejemplo vale para otros ámbitos de la vida: artesanos, escritores, periodistas, pintores, músicos, agricultores..., en fin, todas las profesiones y prácticas que conforman la vida de la provincia. Hay en este momento muchos ancianos que podrían legar modos de ser, de hacer y de soñar a otras generaciones. Esto puede sonar un tanto retórico, pero lo cierto es que todo ese bagaje se pierde con cada ser. Asomarse a la biografía de alguien y registrar sus momentos más ricos, es parte de un proyecto cultural de largo alcance.

Pero hay más. Supongamos un hecho importante para la provincia, político, económico, natural. Todavía hay mucha gente que vivió la época de los Lencinas, el terremoto de Lavalle de comienzos de siglo, por mencionar sólo dos posibilidades. Es posible tomar como eje un hecho social y recuperar la percepción de quienes lo vivieron. Se trata de asomarse a los grandes momentos sociales a través de quienes los vivieron.

¿Dónde está toda esa información? Algo apareció en los diarios, sin duda. Pero el mayor tesoro se encuentra en la memoria de los hombres que participaron en esos procesos. Además, cuenta la historia de cada uno.

Estamos, por supuesto, ante una memoria oral y sugerimos la posibilidad de registrarla, antes que desaparezca con quienes la portan.

Esto no es nada nuevo. Todo buen antropólogo conoce las técnicas de registro de lo oral. Pero no se trata de técnicas sino de voluntad política. En algunos países se desarrolla una tarea constante para no perder tanta información y experiencia. Así, hacia fines de los 70, funcionaban en Estados Unidos más de mil centros de recuperación de la memoria oral, que habían entrevistado a más de 23.000 personas, en un total de 52.000 horas grabadas y más de 700.000 páginas de trascripción. En Europa, aunque con un desarrollo más tardío, el sistema ha seguido caminos similares.

No se trata de pensar en algo tan ambicioso para nuestra provincia. Sin embargo, es posible avanzar, con pocos recursos, en un proceso de recuperación de la memoria, tanto de seres en particular como la relacionada con fenómenos más amplios. Dos personas bien capacitadas, a tiempo completo, con viáticos para desplazarse por todos los departamentos, con un par de grabadoras profesionales y una buena cantidad de cassettes, podrían hacer un buen trabajo.

Por supuesto, no se trata sólo de acopiar información, sino de ponerla a circular. Podemos imaginar una serie titulada: *Voces de Provincia*, o *Nuestras Voces*, o *Voces de Mendoza...* Y podemos también abrir líneas de recuperación: los educadores, los médicos del interior, los artesanos, los músicos populares, los escritores, los pintores... Esto daría mucha información. Imaginemos ahora pequeños estuches con dos o tres cassettes que pudieran distribuirse en las escuelas o, incluso, salir a la venta. El material constituiría un magnífico recurso pedagógico para los docentes, tanto de primaria como de secundaria.

En una propuesta más ambiciosa, se podría pensar en un centro de memoria oral, que al menos llevara el archivo de todo lo registrado. A buen ritmo, en un par de años podrían reunirse muchos testimonios.

Un punto importante: la vida de cada ser o la riqueza de un determinado fenómeno, podrían llevar a grabar muchas horas. Es preciso aquí jugar un criterio de recuperación de lo esencial. De lo contrario nos llenaríamos de materiales que nadie aprovecharía. Por eso, el máximo de grabación de una persona no debiera exceder la hora (aun cuando se puede reunir más, siempre que el propósito sea difundir el equivalente a una hora). Y para el caso de determinados sucesos, no más de dos. Vale la pena insistir: interesan tanto el registro como el valor instrumental del mismo para llegar a la población. De lo contrario daremos nacimiento a un archivo muerto.

Todo lo cual lleva a la necesidad de planificar cada entrevista, y siempre este paso es posible si se conoce al interlocutor. Nuestros entrevistadores deberán, pues, hacer un trabajo mínimo de investigación de cada personaje o de cada suceso a recrear. Esto lleva un poco de tiempo, pero aún contando con él podemos anticipar que, en el período indicado, es posible reunir una gran cantidad de información.

## El texto social

Toda cultura necesita textos sociales en los cuales leerse. El producto de la recuperación de la memoria oral puede constituirse en texto social. Decimos *puede* porque si todo va a dar a un archivo muerto, queda fuera la posibilidad de su uso. Entonces: un texto social es un producto cultural en el cual un grupo se lee, siempre y cuando el mismo circule, esté al alcance de todos, puede ser objeto de lectura y de interpretación.

Una línea de posible discusión es la de la presencia de textos sociales en nuestra provincia. Existen muchos, por ejemplo los difundidos a través de los medios de comunicación. Pero la pregunta es ésta: ¿han sido producidos todos los textos sociales posibles? El tema desarrollado en el punto anterior indica que no. En efecto, la memoria atesorada en un individuo no es un texto social porque se queda en él o en sus allegados; no ha sido registrada, no ha sido reproducida para ponerla al alcance de otros seres.

Si toda cultura necesita textos sociales en los cuales leerse, es de reconocer que no siempre la producción de los mismos va a la par de lo que, de manera virtual o potencial, existe en cada momento histórico.

Un camino es el de los cassettes, a la manera en que fue precisado más arriba. Pero existen otros. En algunos países ha sido trabajado el tema de las autobiografías. Así, por ejemplo, en Costa Rica se convocó, a fines de los 70, a un concurso de autobiografías campesinas. Si se recuerda que ese país tuvo, y tiene, un buen sistema educativo, la respuesta de alrededor de 300 autobiografías no debe asombrar mucho. De todo ese material fueron publicadas 27, en cinco volúmenes. Como no se dieron consignas acerca del total de páginas, en general cada documento alcanzó las 30 a 40 páginas, casi siempre escritas a mano. Lo cierto es que en esos cinco libros hay una enorme cantidad de información acerca de la vida y la cultura de los campesinos, en un marco histórico que comprende más de 60 años.

Hay la posibilidad de otros temas, siempre en esa línea. Por ejemplo: autobiografías de maestros o de ancianos.

Ahora bien. Un texto social, aun cuando haya sido producido y llevado hasta sus posibles usuarios, requiere también de técnicas de lectura. Ellas no son complicadas, se trata de aprender a preguntarle al texto por cuestiones como el trabajo, la familia, la amistad, el amor, las relaciones entre los sexos, los momentos históricos a los cuales se hace referencia, la economía..., en fin, muchas otras posibilidades. De manera que, si uno quiere sacar provecho a los materiales, será bueno acompañar la recuperación con por lo menos un cuadernillo destinado a ofrecer recursos para la lectura.

Otra línea de texto social, que ya venía analizando el Ministerio, está dada por las rondas infantiles. Celso Lara, en Guatemala, ha trabajado en la recuperación de las mismas y lo ha hecho no sólo mediante un registro, sino a partir de una contextualización en determinadas regiones del país. De esa manera, algo tan "de niños" adquiere un valor educativo muy grande.

¿Tiene sentido ocuparse de las viejas rondas? Nosotros consideramos que sí por más de un motivo:

1. Constituyen un material difundido a lo largo de años por tradición oral y no es cuestión de dejarlo morir por el influjo de los actuales medios de comunicación.

2. Han significado, para muchas generaciones de pequeños, puntos de identificación y de encuentro en el juego.

3. Su sistema da siempre lugar a una convivencia no violenta, en la cual el círculo como espacio de encuentro tiene una enorme importancia.

4. Pueden ser aprovechadas como un recurso educativo valioso, siempre que los educadores tengan la habilidad de hacerlas pasar del recreo al trabajo en el aula.

Este esfuerzo por recuperar las rondas podría extenderse no sólo a grabaciones en audio, sino también a programas difundidos por el Ministerio. Así, por ejemplo, en *El mundo de la vereda* sería posible incluir en cada programa una ronda, a fin de divulgarlas sin un propósito explícito.

Se incluye como anexo a esta propuesta el texto *Ideas sobre investigación de la comunicación, en torno al texto social.*

## IDEAS SOBRE INVESTIGACION DE LA COMUNICACIÓN EN TORNO AL TEXTO SOCIAL

¿Para qué vamos a los otros? Para obtener la información necesaria a un proyecto, para conocer algo y luego influir, para trabajar con ellos. La primera y tercera alternativas nos interesan.

Es difícil trabajar sin información y el punto de partida para un proyecto bien pueden (y deben) ser los demás. La entrevista es un primer acercamiento a un universo de análisis, una puerta hacia quienes podrán un día apropiarse de recursos de lectura y ampliar su marco de percepción de los problemas.

Por lo tanto, no se trata sólo de sacar información, sino de hacer de la entrevista un primer acto educativo, un primer paso en el proceso de autoaprendizaje.

Pero partir siempre del otro no significa improvisación. Se han repetido hasta el cansancio experiencias en nuestros países en las cuales el indagador parte de cero y pretende preguntarlo todo, como si su interlocutor tuviera todo el tiempo del mundo y como si sus preguntas pudieran iluminar el universo. Parafraseando a don Simón Rodríguez podemos decir:

¿Qué preguntará quien no tiene ideas?

Una entrevista parte necesariamente de un conocimiento del asunto y de los seres a involucrar. Para eso están los documentos, no hay espacio social sobre el cual no exista alguna información, por distorsionada que sea. Y no hay asunto ya trabajado, con algunos datos útiles.

La preparación de la entrevista supone un esfuerzo de estudio, de lo contrario vamos a utilizar a los otros, vamos a servirnos de ellos para alguna práctica. Recuerdo ciertas experiencias de la década del 60 (no desaparecidas del todo, por cierto): los estudiantes eran lanzados a las comunidades a concientizarse, a aprender de la realidad. Pero nadie tiene derecho a utilizar la miseria ajena como recurso pedagógico. La gente ha sido cercada a menudo por multitud de indagadores provenientes de todos los sectores universitarios y estatales.

Conocer el asunto, pues, y conocer al destinatario. Por supuesto, uno no sabrá gran cosa de tal o cual persona, pero sí puede reunir datos sobre las condiciones genéricas, las adscripciones de clase, la historia de la comunidad, hechos relevantes para todos (la construcción de un camino, de un puente, un fenómeno natural, las primeras migraciones en determinadas localidades, las innovaciones tecnológicas).

Volvamos a la pregunta inicial: ¿para qué vamos a los otros? Para obtener información, decíamos. Hay dos tipos de información:

1. La destinada a funcionar como fuente para ampliar el conocimiento de un determinado tema.

2. La destinada a aclararnos cómo nuestros interlocutores percibieron o perciben un determinado fenómeno.

Una nos sirve de fuente objetiva, tenemos más datos sobre fechas, sobre cantidad de niños enfermos, sobre migrantes, entre otros ejemplos.

Otra nos sirve de fuente subjetiva: cómo es valorado determinado fenómeno, cómo es juzgado desde este ser y no otro. Supongamos la presencia de un ser objetivamente nefasto para la vida de determinado grupo. La lectura inicial (documentos, alguna evaluación cuantitativa) nos permiten reconocer la existencia de alguien en situación de privilegio, un intermediario, por ejemplo. Dicha lectura puede llevar a prever una actitud de rechazo entre la población. Y sin embargo, el personaje, desde la percepción subjetiva, es visto como un ser querido, necesario

a la comunidad. Los datos generales no permiten descubrir esas relaciones de cercanía, que aparecen sólo a la luz de la personalización, de la trama más íntima de las relaciones, las cuales suelen quedar fuera de los análisis macro.

Por lo tanto, nos movemos siempre en dos planos:

→ ¿qué sabes de tal o cual asunto?
→ ¿cómo vives, percibes ese asunto?

No es posible agotar el camino hacia la personalización en una sola entrevista. Se trata de procesos largos, en un entrecruzamiento de datos y en un acercamiento de ambos interlocutores. En la vida, como decía don Simón Rodríguez, son siempre cortas las preguntas y largas las respuestas.

Estamos, en realidad, construyendo un texto social.

Muchos textos sociales han sido ya construidos. Pienso en autobiografías campesinas, producto de algún concurso, en creaciones literarias cercanas al sentir de la gente, como las de José María Arguedas, por ejemplo; en trabajos escultóricos como los de Néstor Zeledón, en Costa Rica. Porque un texto social no es sólo escrito.

Pero a menudo nos toca construir el texto. Las entrevistas son un recurso precioso, si queremos involucrarnos en la experiencia como acompañantes del proceso. Porque también habrá posibilidad de narraciones a cargo de la misma gente, como en el caso de las autobiografías.

Un texto social fundado en las entrevistas deberá insumir todo el tiempo necesario. Cuando hay prisa, uno tiende a forzar las respuestas, a orientar las cosas en dirección a un objetivo, de alguna manera se sabe de antemano todo, al interlocutor le queda la tarea de confirmar, nada más.

Por eso las entrevistas deberán poseer un sentido para quien nos abre su vida. Y el mejor sentido es comprender el valor que la propia existencia puede tener para otros. En muchas comunidades la gente está harta de encuestas destinadas a un espacio abstracto llamado gobierno. Cuando las entrevistas van enriqueciendo el texto social se va enriqueciendo la relación entre los interlocutores y las propias experiencias adquieren un valor. Por eso, desde el comienzo, deberá estar claro para quién será útil ese esfuerzo. Así nadie usa a nadie y todos comprenden el para qué de su participación en el proceso.

Y cuando le pedimos a alguien el relato de su vida, ni más ni menos, ¿dónde queda la nuestra? Si vas por la vida cotidiana ajena, ¿no será necesario poner por delante también la tuya? Un trabajo de esta naturaleza requiere de una relación de amistad. No se puede construir nada sobre la base de alguien observado desde afuera por un ser indiferente.

Mi amigo Mario Zeledón está trabajando en la zona de Guanacaste, Costa Rica, con antiguos Sabaneros. Cuando llega uno de esos hombres le dice:

Me hacías mucha falta, ustedes me hacían falta.

De una relación inicial de acercamiento se ha ido pasando a la amistad.

**La lectura del texto social**

Aludíamos a la necesidad de contar con información antes de lanzarse a trabajar con la gente. Pero una vez construido el texto social es preciso partir también de un esquema mínimo de análisis. Cuando se improvisa en este terreno suceden por lo menos dos cosas:

1. No es posible aguzar la percepción para captar y relacionar detalles significativos, con lo que el producto de la lectura es muy pobre, los textos no dicen gran cosa.

2. El analista termina perdido en un sinfín de detalles, un árbol tapa el sentido del bosque.

Desde el punto de vista comunicacional interesa sobremanera el análisis de las relaciones entre lo más cercano (la vida cotidiana, la familia, los parientes y amigos, los vecinos) y lo más lejano (las instituciones, el mercado, el trabajo fuera del hogar...).

¿Cuáles son las estrategias de relación practicadas en cada uno de esos espacios? ¿Cuáles son las estrategias discursivas?

Interesa también la expresión de nuestros destinatarios. Se ha discutido hasta el cansancio la posibilidad de utilizar en los mensajes educativos expresiones "vulgares" o "palabras groseras". Nunca hemos tenido en claro el alcance de tales términos. Pero la discusión así planteada no tiene sentido. Cuando uno se acerca a la expresión de la gente es para reconocer la riqueza de comunicación, los giros del lenguaje, la fuerza metafórica, la capacidad narrativa.

En síntesis: los textos sociales son una necesidad de toda cultura para leerse en ellos. Pero no siempre son generados y hace falta recuperarlos. Uno de los caminos es el del registro de la memoria oral, a través de la entrevista. Cuando se logra el texto, es necesario ponerlo en circulación y aprender a leerlo, de lo contrario se convierte en una información muerta.

Daniel Prieto Castillo
1993